

Cuando escribir no es llorar

por Adolfo Torrecilla*



En este artículo, el autor analiza algunas estrategias y métodos de aplicación en el aula que pueden ayudar a los niños y jóvenes a experimentar el placer de la lectura y la escritura. El texto incluye comentarios acerca de los métodos de enseñanza de la lengua y la literatura empleados por Daniel Pennac, profesor de Literatura y afamado novelista, así como un repaso a algunos experimentos vanguardistas de búsqueda de nuevos caminos literarios que tuvieron lugar en los años veinte y treinta en Europa, sin olvidar otras experiencias actuales como la de los Talleres Literarios.

En los últimos años han sido muy numerosos los investigadores de todas las disciplinas que han dedicado sus trabajos más a las estrategias pedagógicas que a las materias mismas que se enseñan en las aulas. Daniel Pennac es un profesor francés que ha centrado sus intereses especulativos en los métodos de enseñanza de Lengua y Literatura. El resultado ha sido una larga lista de títulos sobre el tema, aunque las entrevistas que concedió durante el pasado año a *L'Express* y *Le Monde de l'Éducation* pueden tomarse como

una síntesis de su forma de ver las cosas.

El suplemento sobre educación de *Le Monde* se hacía una pregunta: «¿Gustan los jóvenes todavía de escribir?». Pennac responde que sí. A la vista están los resultados de una encuesta realizada por la revista *L'École des lettres* entre estudiantes franceses de Primaria y Secundaria. Por lo menos un 64 % de los alumnos escribía de forma habitual sin necesidad de un encargo expreso del profesor. El 9 % se había especializado en novelas o cuentos, un 15 % se decantaba

por la poesía, un 13 % redactaba su diario, un 6 % escribía artículos, y el 47 % escribía cartas con periodicidad.

Más lectores

Los datos que revela pueden sorprender a muchos. Sin necesidad de lanzar las campanas al vuelo, parece necesario deshacer, con serenidad, algún mito que ha empañado la visión de las clases de Literatura. Por ejemplo, el repetido lamento de que la televisión está atrofiando la capacidad

imaginativa de los niños.

Pennac cree que hoy se lee más que antes. Cada vez hay más editoriales interesadas en captar la cuota de lectores juveniles, que va en aumento. Los títulos destinados a estos lectores, así como los concursos de literatura para jóvenes, están en constante incremento (hecho que también se manifiesta en España).

Pennac rechaza también las opiniones alarmistas de los que afirman que hoy se lee y escribe mucho menos que antes. Esto supondría pensar que hubo una época áurea en la que todos, niños y adultos, vivían hermanados con la literatura. Pero tal *desiderátum* nunca ha existido. El propio Pennac recuerda que es hijo de una formación académica de corte positivista, donde la supuesta experiencia literaria se reducía a minuciosos datos eruditos, biografías de autores, recitados monótonos, resúmenes trillados y composiciones poco atractivas y, en el peor sentido del término, académicos. El mayor daño que se puede infligir a un niño es hacerle creer que ésta es

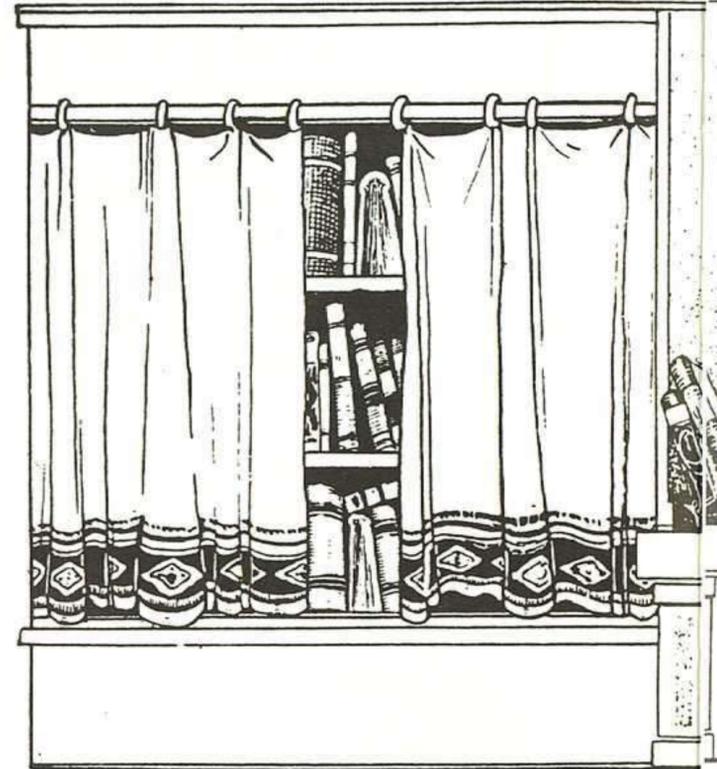


la auténtica manera de enfrentarse a la literatura, lo que hace que el tema le resulte odioso para siempre y le impida tener una experiencia literaria auténtica. Es un engaño que es preciso combatir. Pennac propone como arma la imaginación; la literatura, como felicidad: «Con los niños no se puede disimular, un niño no acepta que se le aburra [...]. La asignatura de francés no es un laboratorio de escritores; es un espacio colectivo de aprendizaje que permite al alumno

enriquecer su cultura y multiplicar su aproximación a la imaginación». Que hoy día sea fácil para cualquier persona acceder a la cultura no implica que todos se vean arrebatados por el entusiasmo creador literario.

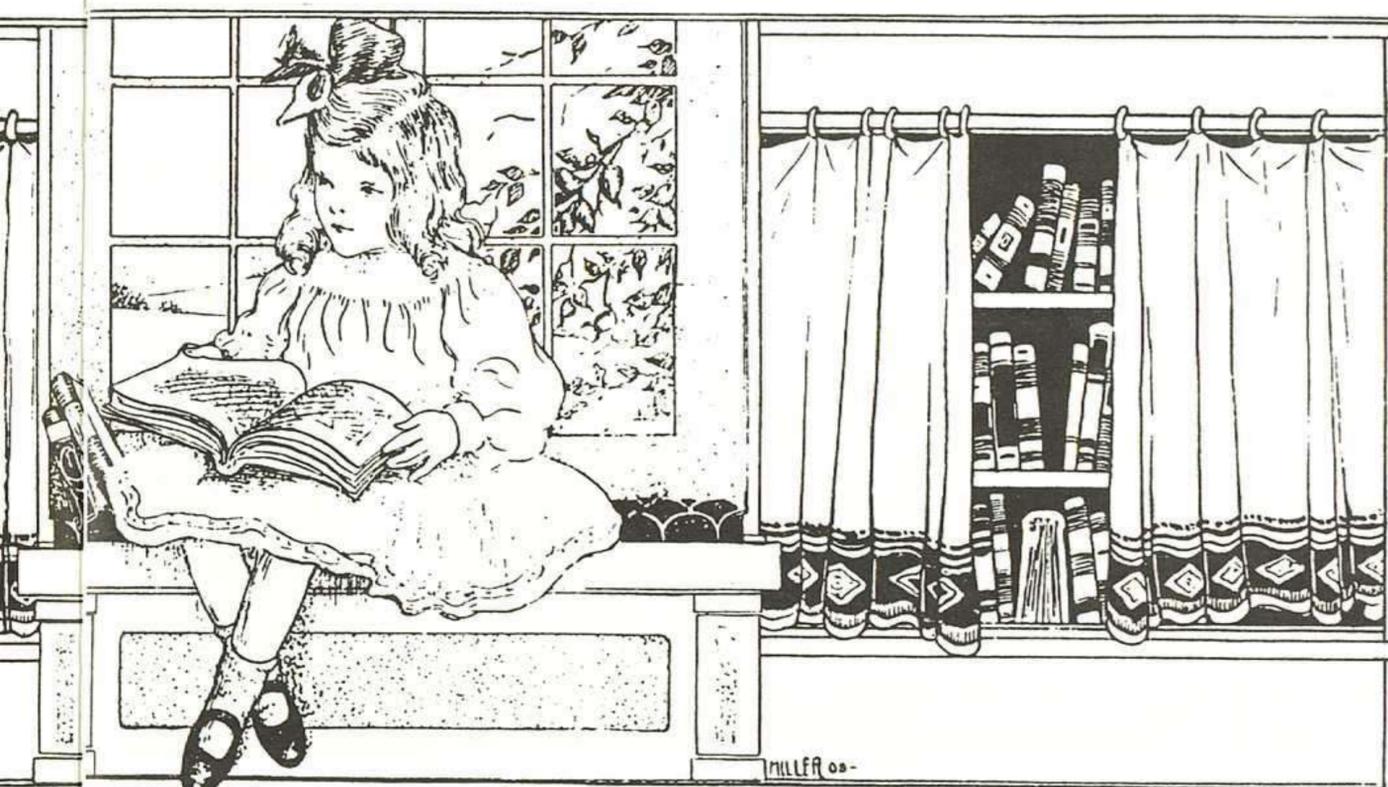
Experimentar emociones

Frente al aburrimiento que pueden provocar lecturas incomprensibles y arduas, están la sencillez de los ordenadores, la comodidad de la televisión



y del mundo de la imagen o la exactitud tranquilizadora de las *ciencias*. Es otro positivismo que hace difícil el planteamiento de esfuerzos en las aulas. Este esfuerzo debe partir, en primer lugar, del profesor, cuyo papel debe ser el de guía y estímulo de las capacidades estéticas que indudablemente existen en los alumnos. «Yo quiero que en mis clases los niños experimenten emociones», dice Pennac.

La postura de Pennac no es inconsciente. Sabe que hay dificultades. En muchos lugares ha disminuido la capacidad de mantener por escrito un razonamiento, si es que se ha intentado. La cultura es cada vez más frívola y superficial, y olvida en muchas ocasiones la profunda sensibilidad humana. Las clases de Lengua y Literatura son un reto para cualquier maestro que pretenda recuperar un espacio óptimo para la realización de actividades encaminadas a recuperar el *placer de leer*, que no es sino el enriquecimiento auténtico de la personalidad de cada alumno. Con este objetivo, Pennac ha desarrollado técnicas basadas en el sentido común, como la lectura oral de relatos, fragmentos de libros o historias inventadas por los alumnos o el profesor,



práctica familiar que se pierde precisamente al entrar en el colegio; también se ejercita la memoria con el aprendizaje de poesías, máximas ingeniosas y párrafos seleccionados; o se dan a conocer resúmenes de obras de autores clásicos.

Fomentar la creatividad

Algunos de los ejercicios que más han motivado a los alumnos de Penac han sido la escritura y puesta en escena de obras de teatro, la elaboración de radionovelas, los juegos prácticos y la confección de periódicos escolares y revistas literarias. Esta difusión de los textos de creación es un buen estímulo para los alumnos, que ven tangiblemente la utilidad (literaria) de su esfuerzo. De esta forma, se cultiva la Literatura como felicidad. El colegio debe ofrecer un primer y auténtico contacto de los alumnos con las obras literarias.

También en España

El interés por las metodologías de enseñanza de la escritura también se ha producido en España, donde los títulos sobre este asunto son cada vez

más. Recomiendan eliminar toda dificultad superflua en el aprendizaje. De este modo proponen ejercicios imaginativos que provoquen la diversión en los alumnos. Uno de estos libros dice en su prólogo: «Escribir puede ser una experiencia excitante, emocionante, o tremendamente aburrida y penosa. Escribir a la fuerza, como un deber, sin una motivación previa, sin unas ideas matrices y sin unas imágenes inducidas, es árido y, en ocasiones, estéril». Es muy importante la manera de presentar los contenidos. De ella depende, en buena medida, que se consiga hacer atrayente la materia. Se busca aumentar la capacidad de observación del mundo de los alumnos o la agilidad a la hora de relacionar objetos o eventos. El desarrollo del pensamiento metafórico —análogo— es fundamental para muchas de estas metodologías, ya que la capacidad de relación es una buena base no sólo a la hora de impartir Literatura. Se ha comprobado que muchos alumnos con dificultades para memorizar los múltiples datos o procesos que estudian en cualquier asignatura —Historia, Biología—, son capaces de alcanzar niveles óptimos de conocimiento una vez adies-

trada su capacidad metafórica. Así pues, la clase de escritura y literatura no es algo aislado, sino que fomenta, precisamente, muchos mecanismos de pensamiento fundamentales para cualquier disciplina. Al mismo tiempo, no se rechaza ni se deja de lado el entrenamiento en los instrumentos verbales de expresión razonada de ideas. Existen numerosos ejercicios de reflexión gramatical y de explicación de figuras retóricas, muchos de ellos innovadores desde el título: «Dilo con otras palabras», «Escritura automática» o «Explorar sonidos».

Influencias vanguardistas

La huella de los experimentos vanguardistas que tuvieron lugar en Europa en los años veinte y treinta resulta evidente en estos métodos. El denominador común de estas vanguardias era la búsqueda de una explo-



tación original de nuevos e intrascendentes caminos literarios para acabar con los recursos tradicionales. Lo que en aquellos años se presentaba como propuestas rompedoras, con matices absolutos, hoy son simples ejercicios experimentales y didácticos que ayudan a fomentar la imaginación. Lo que antes eran mensajes revolucionarios, se vende ahora como instrumentos de entretenimiento.

El futurismo de Marinetti preconizaba, ya en 1909, una literatura violenta, arrebatadora, que relegase los *claros de luna* y los motivos románticos de siempre: «El esplendor del nuevo mundo —escribe en su Primer Manifiesto— se ha enriquecido con la belleza de la velocidad». Marinetti propuso la abolición de

los signos de puntuación, de los tiempos verbales, de los adjetivos y adverbios, en definitiva, prefería «las palabras en libertad». El dadaísmo, por su parte, fue más demoledor: no creía en nada, ni siquiera en la modernidad ni en Dadá. Sus incursiones literarias apostaron por una literatura sin inhibiciones, ilógica, antitradicional, incongruente. Dentro del surrealismo tuvieron lugar los experimentos más radicales, aunque los resultados estuvieron muy por debajo de los proyectos. André Breton, su fundador, quería descubrir el funcionamiento efectivo del subconsciente y liberar el lenguaje de la presión de la razón; la técnica de la «escritura automática», escribir sin ningún control racional, explicaría la verdad de los sueños y el funcionamiento primero del lenguaje. Este método se emplea hoy para pasar el rato, sin pretensiones tan filosóficas.

Raymond Queneau (1902-1976),¹ heredero de la corriente surrealista aunque heterodoxo en sus técnicas, ha sido uno de los escritores más originales de la literatura de nuestro siglo. Encontró en el juego, la razón de su obra. En 1946 publicó *Ejercicios de estilo*, original experiencia literaria que se ha convertido en la parodia obligada de los recetarios clásicos de estilística y de aquellos manuales sobre el «arte de escribir bien». El libro ofrece noventa y nueve variaciones, imitando el *Arte de la Fuga* de Bach, de un suceso demasiado nimio, más trivial incluso que el asunto relatado en el *Ulises* de Joyce. Queneau ofrece entre otras cosas un muestrario de los más diversos registros comunicativos, con una ironía que no perdona nada: las muletillas, los vicios de dicción, los errores de los lenguajes técnicos y especializados.

Queneau, junto con François le Lionnais, fundó en 1960 el Taller de Literatura Potencial Oulipo, fuente de inspiración de muchos talleres actuales. Oulipo se ocupó de investigar sobre la literatura experimental. Llega-



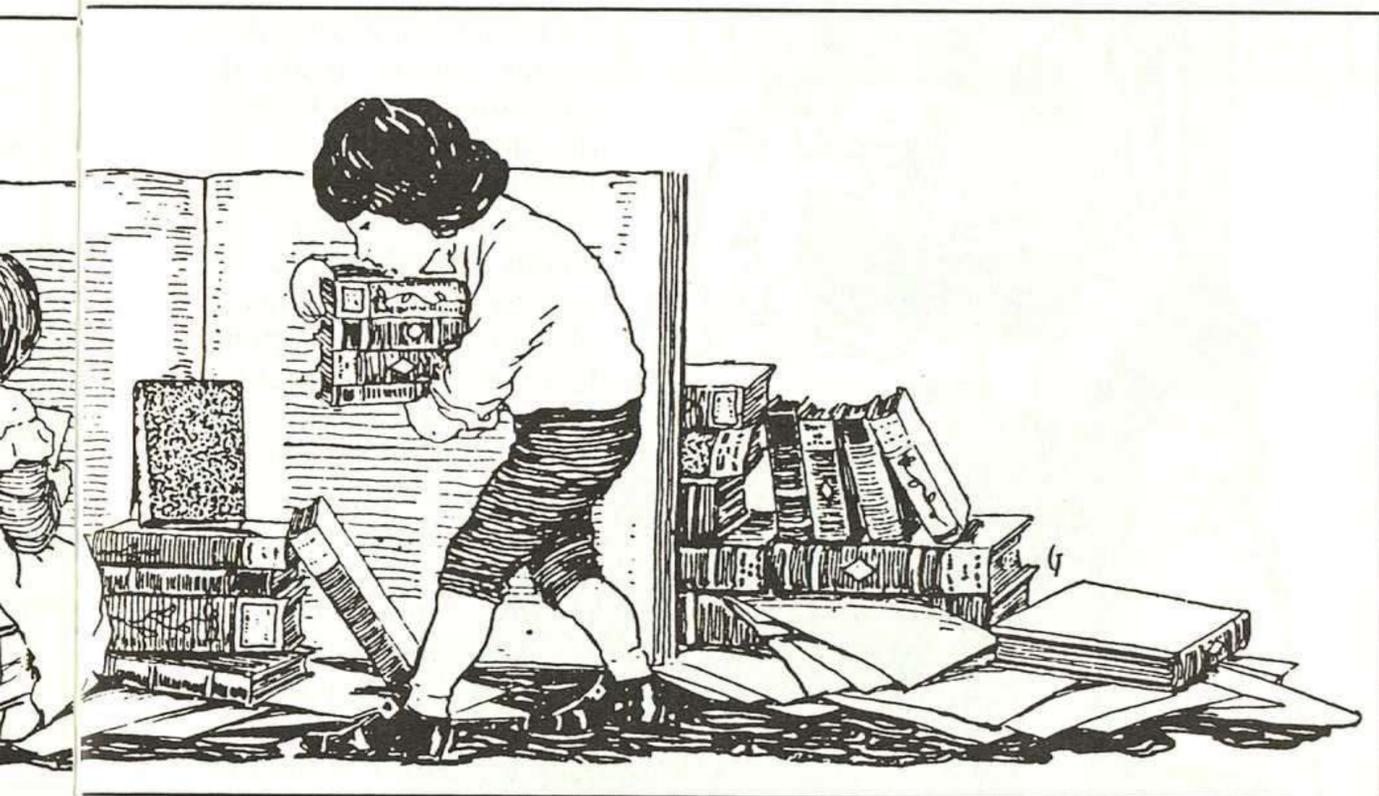
ron a escribir novelas cuya condición era no emplear una letra concreta, método llamado «literatura lipogramática». Las propuestas literarias de Raymond Queneau, a mitad de camino entre la extravagancia, la filología recreativa y los pasatiempos filológicos, pretenden «desoxidar la literatura de sus herrumbres, de sus costras».

Auge de los Talleres Literarios

Esta forma de pensar en el plano de la producción literaria puede relacionarse con la visión que, desde el punto de vista de la enseñanza de la literatura, tenían las escuelas formalistas rusas, condensada en su programática sentencia de que era necesario dotar al estudio de la obra literaria de un objeto concreto y específico —la literariedad—, definido, en gran medida, por la metáfora, la desautomatización de los procesos verbales de emisión y recepción, y el extrañamiento.

Estas técnicas de escritura no han quedado relegadas sólo al ámbito escolar: las propuestas imaginativas para adultos de los Talleres Literarios —término que estuvo de moda y aún

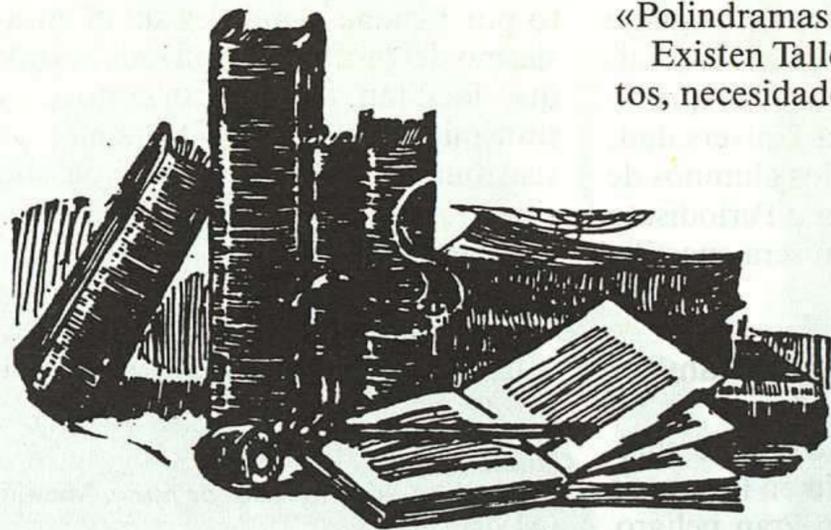




hoy es excesivamente empleado— están a la orden del día. La finalidad de estos Talleres es «aprender creando y estirar al máximo nuestras dosis imaginativas». La idea germinal es que el escritor nace, pero también se hace. Uno de estos talleres exponía que «mediante un trabajo práctico y creativo, se trata de descubrir las claves que dificultan o acercan y desarrollan el dominio del lenguaje, la práctica de la escritura y el hecho literario». Los contenidos son muy diversos. Los organizadores advierten que la finalidad no es producir escritores de laboratorio: no garantizan que los que acaben

el curso se conviertan en futuros autores de *best sellers*. Para que el aprendizaje de la escritura sea una apasionante experiencia personal, «a lo largo del curso se proveerá de abundante material en forma de pautas, tentaciones, alicientes, incitación y propuestas muy diversas centradas tanto en el aspecto estilístico de la escritura como en el desarrollo de la capacidad de invención». «Creando es como mejor se aprende», es el lema de uno de ellos. Propone a los participantes estos juegos literarios: «Cadáveres exquisitos» —de resonancia surrealista—. «El edificio de George Perec», «Epistolario», «Anagramas», «Polindramas», «Lipogramas», etc.

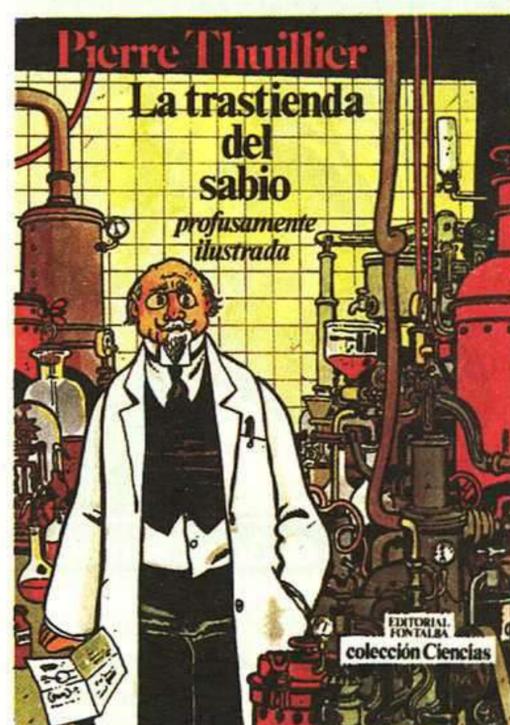
Existen Talleres para todos los gustos, necesidades y niveles: unos insisten en los aspectos lúdicos, con propuestas auténticamente estrambóticas; otros orientan su actividad hacia el perfeccionamiento del estilo personal; los hay sólo para mujeres, profesores, o por corresponden-



colección Ciencias

LA TRASTIENDA DEL SABIO

(profusamente ilustrada)



¿Cuál es el significado social de la ciencia?

Pierre Thuillier hace una crítica rigurosa sin olvidar la ironía ni la anécdota y plantea una de las más importantes cuestiones de este fin de siglo: ¿cuál es la finalidad de la ciencia?

Un libro apasionante, corrosivo y profusamente ilustrado.

Formato: 29 x 21 cm

Páginas: 120

Fotografías e ilustraciones

ISBN: 84-85530-44-6

P.V.P.: 1361 pts.

Pídalo a su librero o
contra reembolso a:

 **Editorial
Fontalba, s.a.**

Valencia 359, 6º 1ª
08009 - Barcelona (España)

LOS CABALLOS Y PONYS

LOS CABALLOS Y PONYS

Georgie Henschel



Guías Fontalba

Esta guía nos hace una descripción exhaustiva, tanto de los caballos como de los ponys. Además de un breve relato del caballo en la historia de la humanidad, incluye una relación de las razas principales, con una amplia descripción de cada una de ellas y acompañadas de abundante ilustración.

Formato: 13,5 x 20 cm

Páginas: 128 en cartóné

Fotografías e ilustraciones a todo color

P.V.P.: 950 Ptas. (Incluido IVA)

Pídalo a su librero
o contrarrembolso a:

**Editorial
Fontalba, s.a.**

Valencia, 359 - 6.º 1.ª
08009 Barcelona (España)



cia. En Madrid nació hace años la Escuela de Letras. Sus cursos de creación duran un año y abarcan materias como Prácticas de escritura, Interpretación y composición, Técnicas del relato breve, Fundamentos de lenguaje para creadores, entre otras. Tales iniciativas intentan solucionar lo que no se ha conseguido en la Universidad, donde es habitual que los alumnos de carreras como Filología o Periodismo no hayan escrito una mísera cuartilla de inspiración propia.

La influencia del ambiente familiar

Pennac es consciente de que cualquier esfuerzo realizado en la escuela ha de precaverse de un gran peligro.

La formación escolar debe contar con la ayuda del ambiente familiar. El ejemplo de los padres es primordial. Por muchos experimentos divertidos que hagan los alumnos, por mucho que se hable del placer que pueden suponer leer y escribir, si en el hogar la televisión,

por poner un ejemplo, es la única actividad cultural, será muy difícil que su entusiasmo se adhiera a estas propuestas.

Ello es así porque la originalidad del método de Pennac radica precisamente

en que es el alumno el que escribe y lee por su propia iniciativa, porque está convencido de la importancia de estas actividades,

y ha sido guiado acertadamente hacia el gozo y riqueza interior que provoca la experiencia literaria. El profesor, ahora más que nunca maestro, no impone ni obliga, sino que debe ganarse al alumno para convencerlo. O, mejor dicho, para que se convenza. Los Talleres Literarios y el método propuesto por Pennac —inútiles sin el entusiasmo del profesor— son esos apoyos que facilitan al alumno conocer y transmitir sus ideas y aumentar su sensibilidad, algo que ha pasado siempre y que, por lo que se ve, siempre pasará. ■

* Adolfo Torrecilla es profesor de Literatura en el Instituto Tajamar de Madrid, y crítico literario.

Notas

1. Queneau, R.: *Ejercicios de estilo*, Madrid: Cátedra, 1987.